

España vista y visitada por los españoles del siglo XVI

Alberto NAVARRO GONZÁLEZ
Catedrático de la Universidad de Salamanca

Huelga indicar que la más veraz y profunda imagen de España y de los españoles del siglo XVI no hay que buscarla en los relatos y descripciones de viajeros españoles y extranjeros, sino en la gran Historia y en la gran Literatura, Arquitectura, Pintura, Escultura y Música españolas de entonces.

Concretándonos a la literatura, fácil es constatar cómo, a diferencia de los personajes celestinescos que se mueven por las tortuosas calles, cerrados huertos y sórdidos lupanares de las cercadas ciudades españolas medievales, ahora pícaros, «quijotes», tenorios, santos, misioneros, enamorados, héroes, etc., van de un lado para otro en comedias, novelas, poemas, biografías, etcétera.

Fácilmente puede también comprobarse cómo la gran mayoría de los escritores españoles del siglo XVI muestran la conciencia de estar viviendo, en una tierra privilegiada, tiempos y hechos superiores, incluso, a los mejores de la Antigüedad Clásica ¹.

Lógico resulta que, en consonancia con este entusiasmo y ante las asombrosas grandezas realizadas por los españoles y portugueses en lejanos mares y tierras, también con entusiasmo hablen quienes se proponen describir las grandezas de España y de sus gentes.

Una legión de cultos humanistas, historiadores, anticuarios, etc. (Florián de Ocampo, Jerónimo de Zurita, Esteban de Garibay, Ambrosio de Morales, Luis de Zúñiga, Gonzalo Fernández de Oviedo, Cervantes de Salazar, Bartolomé de las Casas, López de Gomara, Bernal Díaz del Castillo, Juan de Castellanos, Francisco de Jerez, Juan de Barros, Damián de

¹ Véase Santiago MAGARIÑOS: *Alabanzas de España*, Ediciones Cultura Hispánica (Madrid, 1950), 3 vols. Dolores FRANCO: *La preocupación de España en su Literatura*. Prólogo de Arzón (Madrid: Adán, 1944). Julián MARIAS: *España inteligible* (Madrid: Alianza Editorial, 1985), y Alberto NAVARRO GONZÁLEZ: *Las "Laudes Hispaniae" en el Renacimiento español*. Academia Renacentista (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1988).

Goes, Blas de Alburquerque, etcétera), se lanzan a estudiar y narrar el glorioso pasado y el no menos asombroso presente nacional ².

Otros relatan las maravillas y grandezas de concretas ciudades y regiones (Pedro de Alcoçer, *Historia de la imperial ciudad de Toledo*, 1554; Luis Pons de Ycart, *Libro de las grandezas... de la ciudad de Tarragona*, 1573; Luis de Molina, *La descripción del Reino de Galicia*, 1550, etcétera).

Varios de ellos, anticipándose a los «viajeros de la Ilustración», por encargo oficial o por iniciativa propia, emprenderán viajes a fin de buscar y ver sobre el terreno las preciosas antigüedades y las actuales grandezas de España.

Tal es el caso, por ejemplo, del historiador Ambrosio de Morales *Viaje... por orden del Rey Felipe II a los Reinos de León y Galicia y Principado de Asturias, para reconocer las Reliquias de los Santos, Sepulcros Reales y Libros manuscritos de Catedrales y Monasterios*, 1572), del anticuario Juan Fernández Franco (*Breve compendio de Numismas*, 1564) o de Juan de Velluga, autor del *Repertorio de todos los caminos de España*, 1564.

Aquí sólo vamos a ocuparnos brevemente de tres escritores:

El humanista italiano Lucio Marineo Siculo, el cosmógrafo andaluz Pedro de Medina y el viajero valenciano Bartolomé de Villalba y Estaña ³.

Es cierto que Marineo Siculo era italiano y que no debió documentarse menos en lecturas y conversaciones que en viajes para su famosa obra *De rebus Hispaniae memorabilibus*.

El hecho de estar entonces al servicio del Emperador como cronista y el publicar su libro en latín, hace que de él debamos ocuparnos, ya que, en forma análoga a los antiguos escritores griegos y latinos, también influirá en autores españoles de aquellos siglos.

El relato de la historia de España ocupa la parte principal de la citada obra (Libros VI al XXI inclusive).

Ahora bien, a diferencia de la *Crónica de España abreviada* de Mosén Diego de Valera, Lucio Marineo Siculo, como expresamente dice en la carta a su amigo Castiglione, dedica los cinco primeros libros a describir extensa y pormenorizadamente:

«las grandezas de la misma España, las infinitas cosas que la tierra y mar producen, la abundantísima fertilidad, los admirables hechos de los príncipes, la grandísima fortaleza de muchos caballeros, capitanes y guerreros, los varoni-

² Vid. Benito SÁNCHEZ ALONSO: *Historia de la Historiografía española* (Madrid: CSIC, 1941), y *Fuentes de la Historia española e Hispanoamericana* (Madrid: CSIC, 1952), 3 vols. Hernani CIDADE: *A Literatura Portuguesa e a expansão ultramarina* (Coimbra, 1964).

³ Sobre los viajes por España y Portugal véanse los clásicos repertorios de FOULCHÉ-DELBOSC: *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal* (París: Revue Hispanique, 1896), y A. FARINELLI: *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX* (Madrid, 1920), y Suplemento (Madrid, 1930). Véase también *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Recopilación, prólogo y notas por J. GARCÍA MERCADAL (Madrid: Aguilar, 1952), 3 vols.

les ánimos de muchas mujeres y el número y catálogo de santos y mártires... los innumerables nombres de ciudades, ríos y montes»⁴.

El humanista italiano comienza hablando extensamente sobre el nombre y forma de España, sobre su abundancia de mieses, vinos, aceites, metales, caballos, etc., sobre las salinas, baños, ríos, montañas, etc., y al describir las diversas regiones y provincias españolas se atiene a la división romana, comenzando por la Bética, para pasar a la Lusitana y a la Tarraconesa.

Ahora bien, Marineo Sículo desborda las antiguas fuentes clásicas y latino-medievales con nuevos y personales datos y observaciones, ya que, como expresamente dice, las memorables realidades y hazañas de España y de sus gentes «no solamente las he leído, más aún procurado de ver todas particularmente»

Así, basándose en la España que ve y conoce, Marineo Sículo formula la luego tópica afirmación de que España y los españoles superan a las demás naciones por sus valerosos hechos de armas y por sus inagotables tesoros de fe y de santidad.

Lo primero lo confirma con la frase de Francisco I «¡Oh, bienaventurada España, que pare y cría los hombres armados!»

En cuanto a lo segundo, anticipándose también a posteriores escritores, como Cervantes, Lope, Calderón, el P. Mariana, Cadalso, etc., dice: «Que no hay gente en todo el mundo hoy en día tan cristiana como la española» y, concediendo mayor espacio que el que las posteriores historias darán a artistas, escritores y científicos, en el extenso Libro IV recoge una larga serie de vida, de mártires y santos españoles, y una pormenorizada relación y descripción de leyendas piadosas, milagros santuarios y monasterios⁵.

El humanista italiano formula otras observaciones y afirmaciones que repercutirán en posteriores escritores, hasta convertirse también en lugar común junto a las de los autores antiguos.

Me refiero, por ejemplo, a la ya indicada preeminencia que sobre las otras naciones concede a España, no por el hecho de que Plinio y Estrabón la consideraran principio o fin del mundo, sino por la excelencia de su suelo, de su clima y de sus gentes; a la indicación de que el clima de España ni es tan abrasado como el de Africa ni tan húmedo y ventoso como el de Francia; al considerar como primer lengua de España a la vizcaína, de la que transcribe un breve vocabulario, etcétera.

⁴ Lucio MARINEO SICULO: *De rebus Hispaniae memorabilibus* (Madrid, 1530). En la Biblioteca Nacional de Madrid pueden consultarse las ediciones latinas de 1530, 1533 (a la que nos atenemos) y 1539.

⁵ En el libro IV, tras hablar de las colonias que los romanos hicieron en España», ofrece una lista de Prelados, Grandes de España, Marqueses, Condes, Vizcondes, etc., de Castilla, Aragón, Valencia, Cataluña, Navarra, Portugal, León, Andalucía y Galicia, que también tendrá luego en cuenta Pedro de Medina.

Distinto, y para nosotros más interesante, es el *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, de Pedro de Medina.

El cosmógrafo sevillano, arrastrado por análogos aires renovadores, entusiastas y humanistas que le llevaron a escribir el *Arte de Navegar* más divulgada en la Europa de entonces, se lanza a componer la que, con razón, su moderno editor llamó «Primera guía de la España Imperial».

Pedro de Medina, a diferencia de Marineo Sículo y Mosén Diego de Valera, autores que sin duda conoce y utiliza, no pretende escribir una historia de España precedida de una introducción geográfica más o menos extensa.

Al contrario, compendiando en breves páginas lo escrito por los citados autores (reseña en un solo capítulo los reinados de Castilla y de León desde don Pelayo a Carlos V), centra su interés en describir, narrar y ensalzar las distintas regiones españolas, sus ciudades, poblados, santuarios, monumentos, ríos, montes, fenómenos naturales y hechos milagrosos o heroicos realizados por Dios o por los españoles en cada uno de los lugares de esta portentosa «cabeza del mundo».

Pedro de Medina recogerá excesivas leyendas infundadas, pero ofrece inapreciables testimonios del estado de las ciudades, monumentos, etc., y de hechos y leyendas vivos en el recuerdo de los españoles del siglo XVI, y habrá que ir hasta el *Viaje de España*, de Antonio Ponz, para hallar otra obra análoga que la supere.

Sin poder detenernos como se merece en esta interesantísima guía de la España del siglo XVI, si queremos resaltar dos hechos:

Es el primero el gran entusiasmo que las grandezas de España y las gestas españolas inspiran al humanista y cosmógrafo sevillano.

España es «cabeza del mundo» porque «della, como de cabeza y principal parte, continuo salen y se distribuyen grandes provechos y bienes universalmente a todas partes»; porque los españoles «han dado la vuelta a todo el mundo... Cosa esta tan grande que después que Dios creó el mundo nunca tal se hizo, ni pensó, ni aun creyó ser posible»; porque han descubierto «más cantidad de tierra navegando, que toda la del mundo que de antes se sabía», y porque «sembrando la fe y la predicación del Santo Evangelio han pasado tantos trabajos y necesidades que no se pueden decir».

El segundo hecho que queremos resaltar es la ya apuntada analogía de buena parte de esta obra y posteriores libros de viajes, pues, según expresamente dice el autor, la escribe habiendo leído «muchos libros y escrituras auténticas», «y asimismo habiendo visto grandes cosas que agora en España hay» (Prólogo).

En relación con ello, interesante resulta ver la división que hace de España en Provincias, Reinos y Principados:

1.º Provincia de Andalucía (en la que incluye las Islas Canarias, Madeira y Antilla), 2.º Provincia de Lusitania y Reino de Portugal, 3.º Provincia

de Extremadura, 4.º Reino de Castilla y León, 5.º Reino de Galicia, 6.º Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa, 7.º Reino de Navarra, 8.º Reino de Granada (incluye, claro está, Málaga y Almería), 9.º Provincia de Cartagena y Reino de Valencia, 10. Reino de Aragón, 11. Principado de Cataluña (incluye las Islas Baleares).

Más cercano aún a nuestro interés está *El Peregrino curioso*, de Bartholomé de Villalba y Estaña.

Su editor, Gayangos, lo relaciona con el *Peregrino andaluz en el viaje del mundo*, el *Venturoso pelegri*, *El Peregrino en su patria*, de Lope; el *Peregrino Indiano*, de Antonio de Saavedra, y, sobre todo, con *El Caballero venturoso*, de Juan de Valdelomar ⁶.

También pudo relacionarlo con *El viaje entretenido*, de Agustín de Rojas (1604), por la forma desenfadada con que éste inserta loas e historias, aun cuando Agustín de Rojas apenas se detenga en narrar las peripecias del viaje ni en descripciones de ciudades, lugares y monumentos.

Esto último cabe aplicarlo aún en mayor medida a *El Pasajero*, de Suárez de Figueroa (1618), obra coloquial como la anterior y en la que el viaje sirve de mero pretexto para que los personajes diserten sobre las más heterogéneas materias.

El Peregrino curioso es el primer libro español de viaje por España, realizado no por prácticos fines históricos, científicos, económicos o de exaltación regia o patria, sino, como el mismo autor confiesa, por anhelo de «saciar su ánimo de ver» ⁷.

El autor dice que también salió de la casa paterna por ir como devoto peregrino al sepulcro del Apóstol Santiago, y «por devoción de andar las muchas casas que en España hay».

El peregrino, que debía ser rico, culto y noble, ya que le acogen preladados, abadesas, nobles y el mismo Rey de Portugal, se detiene especialmente en describir santuarios y monasterios, de cuyo estado y vida deja interesantes testimonios; relata milagros y leyendas piadosas y enumera y des-

⁶ Bartholomé DE VILLALBA Y ESTAÑA: *El Peregrino curioso*. Soc. de Bib. Esp (Madrid, 1886-1889), 2 vols.

⁷ Modelo de libro de viajes regios, de los que puede verse amplia reseña en las ya citadas obras de FOULCHE-DELBOSC y RARINELLI, es *El felicísimo viaje del muy alto y poderoso Príncipe Don Felipe*, por Juan Cristóbal CALVETE DE ESTRELLA (Amberes, 1552) (Soc. de Bib. Espa (Madrid, 1930), 2 vols.). El autor, que se extiende en ponderar los espectáculos y festejos celebrados para recibir y agasajar al Príncipe a su paso por diversas ciudades, desde Génova a Macstrich, se detiene especialmente en la descripción de los Estados Bravantes y Flandes, y despacha en breves páginas el viaje desde Valladolid a Barcelona.

Ver en la citada obra de J. GARCÍA MERCADAL (*Viajes de extranjeros por España*, t. I): LORENZO VITAL: *Relación del primer viaje de Carlos V a España*; JUAN DE VANDENESSE: *Diario de los viajes de Carlos V y Diario de los viajes de Felipe II*, y ENRIQUE COCK: *Anales del año ochenta y cinco, en el cual el rey católico de España Don Felipe... fue a Monzón a tener Cortes del Reino de Aragón*.

cribe reliquias santas, no sin que, en ocasiones, exhiba cierto espíritu burlón, crítico y escéptico.

Ahora bien, y dejando a un lado el interesante, heterogéneo y abundante elemento poético y narrativo intercalado (*Elogio de Valencia, Amantes de Teruel, Glosas del Pandrenuestro*, etc.), el autor también relata diversas peripecias de su viaje y se extiende en detalladas descripciones de lugares, monumentos civiles y ciudades, entre las que descuellan Toledo, Salamanca y, sobre todo, Lisboa ⁸.

En relación con ello, interesante resulta observar el tono entre burlón, desenfadado y crítico que frecuentemente adopta, cercano a veces al de posteriores autores de novelas picarescas, la negativa visión de Galicia y los gallegos, luego también peyorativamente vistos por Torres Villarroel, y la favorable que presenta de Castilla y, sobre todo, de Portugal, que poco después Felipe II incorporará a su corona.

Es lástima que únicamente nos hayan llegado ocho de los veinte ⁹ libros de que constaba la obra.

Aun así, *El Peregrino curioso* es precedente interesantísimo, a la vez, de los cultos relatos de viajes de los «Ilustrados» del siglo XVIII, como los de Antonio Ponz, y de los otros poéticos de viajeros del siglo XIX, como los de Pedro Antonio de Alarcón.

⁸ El carácter fundamental de libro de viaje, más que de peregrinación devota, aun cuando, repito, preferentemente se ocupe de lugares, personas y monumentos religiosos, ya lo vio GAYANGOS cuando, en el Prólogo a la citada edición, decía: «Más bien, pues, que peregrinación a Santiago, es libro de un viaje por España, describiendo sus grandezas y monumentos, así eclesiásticos como civiles, y bosquejando de paso una pintura animada, al par que fiel y exacta de costumbres, sentimientos, creencias y hasta preocupaciones de su época.»

⁹ Así dice al salir de las verdes tierras gallegas: «Galicia a Dios te queda, que te juro / que si el Patrón de España no tuvieras / metido en Compostela, a buen seguro / que jamás en sus términos me vieras... De salvajes y paja te ha cercado / y de otros mil trabajos con justicia / porque por Santiago sólo vengan / y, visitado, en tí no se detengan» (442-443). En esa misma composición elogia a Valencia, Toledo, Sevilla, Granada, Castilla la Vieja, «excelente en labradores», y Portugal, de cuyos habitantes dice: «Gente fundada en razón y que iban por el camino llano, y que vivían con regla y que tenían valor y que daban exemplo a muchas generaciones para vivir, que es por cierto loable cosa que tan poco término se conserve tan honradamente tanto años ha, y vivan quieta y pacíficamente y tengan en tanta veneración a su Rey, que la mayor fuerza de su guarda está la unción real, que en verle se encogen y se puede bien decir que le adoran tácticamente» (II, 275).